

El Viejo Ospina

Aunque nunca he podido saber si existen los sabios, que me parecen más a un espécimen imaginario como los magos o los duendes, los he presentido, igual que a estos. ¿Existen? No sé, pero por ahí deben estar. Tal me pasó cuando aún imberbe e ilusorio me entrevisté por primera vez con el Viejo Ospina. Fue en una tarde de septiembre de 1974, que recuerdo con verdadera fruición, pues fue la primera vez en que falté, y con placer, a un curso, que afortunadamente olvidé.

Supe de él sin saber que existía todavía, en una clase de Estanislao Zuleta, cuando alguien le preguntó por la mejor obra sobre economía colombiana, esperando que le respondería que era la de Mario Arrubla, tan de moda en aquellos años, y que al instante afrontaría comentarios a ella. Agregaba Zuleta, tan zumbón como siempre, en medio de los mayores encomios a "Industria y Protección en Colombia" que no se explicaba cómo una obra de esa altura tuviera apartes tan francamente reaccionarios. Y ponía de ejemplo el que en algún lugar decía que era aceptable que los indios fueran maltratados y explotados porque es que son tan feos... (a decir verdad, en las veces que he leído y esculcado la obra de don Luis, jamás he podido encontrar la mentida frase de Zuleta. No sé aún dónde estará). Un tiempo después supe que en Bogotá (Bogochá, como dicen allá) al-

guien había pagado por un ejemplar de la obra la suma de cinco mil pesos (en 1973), pues no se conseguía en ninguna parte. Así pues, aguijoneado por estas dos razones, me propuse conseguir algún ejemplar y leerlo para "ver tanta belleza". Y busqué y busqué infructuosamente. El ejemplar de la biblioteca de la Universidad hacía años que había desaparecido. Hasta que un día por casualidad encontré en el directorio telefónico el número y la dirección del autor: Encontré primero al autor que a la obra. Llamé, y me contestó un viejito; y dízque allí no estaba, pero dio el teléfono de la casa, pues recientemente lo habían operado. Volví a llamar y me contestó el mismo Ospina, muy formal y sencillo, y me invitó a visitarlo ese mismo día a las seis de la tarde.

¿De qué iba yo a hablar con él? Pensaba, si ni siquiera conocía la obra, pues no se conseguía, y para hablar de economía colombiana con un investigador de primera plana se tenía que tener nociones firmes o problemas planteados, y me remordía entonces el haberlo llamado estando en esas circunstancias. Sin embargo me decidí a ir. "Así mejor", pensé, pues no iría con el objetivo de realizar una entrevista estereotipada a lo periódico, o a resolver dos o tres inquietudes atravesadas, o a que me viera. Iría a conocer al señor Luis Ospina Vásquez, tal cual es, humanamente, y no a la firma de un pie de página de un libro olvidado pero apreciado por dos o tres que pagaban lo que fuera por él.

De esta forma, nervioso, llegué a la casa. Vivía en el cuarto piso del edificio Gualanday en la Playa (Medellín). La habitación estaba a oscuras. Una señora de servicio y uniformada me llevó al cuarto donde se encontraba esperándome, también a oscuras. "Esto tiene misterio" pensaba y me entusiasmaba. No lo había visto aún, a pesar de que una leve luz entraba por la celosía, pero de pie, y frente a mí, estirándome la mano se hallaba. "Don Luis, cómo está", le dije, al lograr distinguirlo. Y me mostró un sillón frente al suyo.

Yo me senté, esperando que de algún rincón saldrían los leones. Parecía un patriarca anacoreta de esos que se reclusían en alguna caverna a meditar, y que sólo aceptaban la compañía de las fieras. Tenía barba luenga y cabellos blancos, siéndolo él también mucho. Cuando prendió una pequeña lamparita que estaba a su lado y que lo iluminaba a contra luz, me convencí de que estaba frente a una persona inmensamente respetable. Entonces lo pude observar con mayor cuidado. Lo único oscuro que tenía eran los ojos, muy grandes, los que a la sazón estaban resentidos y estaban en tratamiento. Se había ennegrecido de estudiar y rebujar libros y periódicos antiguos, tratando

de descubrir los vericuetos de la historia económica colombiana... y su obra estaba medio olvidada.

Era de gran estatura, aún anciano, de modo que joven debió haber sido un gigantón y musculoso.

Siempre que lo visité, lo cual fue más de treinta veces, lo encontré solitario y en el silencio más absoluto, sentado en su sillón, luciendo camisa blanca y rodeado de libros y escritos que ya poco lograba ver.

Me preguntó por la Universidad, por Economía, por lo que se estudiaba actualmente, por los profesores en más estima, etc. Mostraba mucho interés por la Facultad, de la cual estuvo bastante aproximado en los años sesenta como conferencista. Fue precisamente en esta facultad donde expuso sus conceptos sobre la situación agraria en el país, y que después fueron presentados como libro. Posteriormente supe que don Luis había sido decano de Economía en la Universidad Nacional, creo que su fundador, por allá en los años cincuenta. A la postre tuvo que renunciar por alguna huelga de los estudiantes. No obstante esto, siempre mantuvo en estima la amistad con los estudiantes, que algunos aprovecharon efectivamente.

Mi primera entrevista con don Luis, no versó sobre cuestiones económicas. Hablamos sobre la Universidad, y sobre... el Quijote.

En un atril, y como una verdadera joya, tenía abierto un libro de gran tamaño y letra gorda. Pensé que era una biblia antigua. Cuál no sería mi sorpresa al ver que era un ejemplar, sí, antiguo y valioso, del Quijote y como precisamente por aquellos días lo había leído, el encarrrete de lo cómico y de lo trágico de los últimos capítulos lo tenía al vivo. Don Luis me respondió que leía a diario una parte, costumbre que tenía desde hacía muchísimos años. Lo leía prácticamente cada dos años.

Entonces nuestra conversación giró hacia el Quijote, lo cual también causó gran placer a don Luis. No siempre se encuentra alguien que conozca esa obra, me comentó, y esto me llenó de orgullo. Hoy día no sé si reirme o no, de ese pinche estudiante, tan creído y sin cinco. No obstante, cuando le presentaba amigos y compañeros en mis sucesivas visitas, le anunciaba como a un alguien al que hubiera leído la obra del manco. "Y este también lo leyó don Luis. Tal vez no sepa nada de economía, como yo, pero vea que tiene su gusto".

De esta forma le presenté en ocasión posterior a mis amigos Athos y Porthos. Cuando tuve que residir en la capital, Athos siguió

cultivando por algún tiempo la amistad del viejo Ospina. Y el tiempo, tan veloz que se fue, en la medida que más nos compenetrábamos en esa amistad, don Luis languidecía.

En semana santa de 1975 viajó a Inglaterra a un chequeo del corazón y a una nueva operación de los ojos. Quizás enervado por la premonición de una joven pitonisa que un día encontré en su estudio, y que le profetizó el tipo de muerte que tendría (además de que le descubrió mediante la lectura de los caracteres de la letra, rasgos de su pasado, un accidente de vehículo —que él confirmó haberse sucedido en 1930—), o quizás porque le tocaba, empezó a sentirse mal. Chequeos van, remedios vienen. Pero don Luis, a pesar de esto, y sobre todo, de su ceguera, seguía empeñado en reunir más detalles y más material sobre su obra fundamental “La Moneda en Colombia”.

Un día en que llegué a visitarlo, esto lo hacía casi semanalmente y a veces hasta por dos veces, lo encontré ordenando una cantidad extraordinaria de fotocopias. Eran como cinco mil, de libros, periódicos, recortes, etc. Tomadas en el archivo departamental. Un dineral había invertido en ello, pero se encontraba feliz. Ahora, en casa, podría analizar con mayor detalle el material que le serviría para completar su obra. De pronto, me mostró una hoja y me dijo: “¿Cómo te parece esto?” Leí y quedé asombrado. Era un decreto numerado y todo, de 1827, del Libertador, en el cual autorizaba que en la población de Zapatoca se dictara en el colegio superior un curso de griego. “Como para una historia de la educación en Colombia”, le respondí. “M’hijo, alguien la tiene que realizar algún día”, me amonestó.

Muy laboriosamente don Luis iba construyendo su obra. Realmente, para el carácter de investigador y de científico de la economía colombiana, la obra publicada de Ospina Vásquez es muy corta. Su obra monumental “Industria y Protección en Colombia, 1810-1930” (de 610 páginas en la edición de Oveja Negra), que fuera publicada por vez primera en 1955 por la Editorial Santa Fe, le costó 10 años de trabajo metido en cuanto archivo existiera, siendo los propios de la familia bastante nutridos de por sí, y muy escogidos, con siglos de acumulación constante y cuidadosa. El nieto de Mariano Ospina Rodríguez tenía en sus manos un material realmente valioso, extenso y variado, de la familia con sus secretos y escondrijos, cartas inéditas pero trascendentales para la historia del país. Pero no se limitó a esto, simplemente. Los archivos nacionales, la biblioteca Luis Angel Arango de Bogotá, los archivos departamentales y municipales de varias poblaciones del país, etc., fueron los lugares principales de investigación. Y todo, para que en 1955 sacara a luz un libro... No.

Don Luis escribió muchísimo más, pero ha permanecido inédito, y una gran parte inconclusa. Que yo sepa, un estudio sobre la Constitucionalidad política en Colombia, otro, sobre la moneda, que ya he señalado, que creo quedó inconcluso, aunque un día me mostró unos borradores del prólogo, y me decía que ya lo había repetido varias veces sin quedar satisfecho aún. Creo que estaba reuniendo material para continuar "Industria y Protección", posterior a 1930. Lo consideraba muy útil, y puesto que los escritores del siglo pasado (Camacho Roldán, por ejemplo) siempre hablaban y comentaban sobre su época misma, don Luis no se iba a quedar atrás, solamente reconstruyendo la historia. En los dos prólogos lo insinúa claramente. Una vez me comentó que estaba reuniendo material para hacer un estudio sobre la formación en "la teoría burguesa" —así mismo la determinaba— la teoría del Multiplicador, que a su parecer era uno de los descubrimientos modernos de la economía más importantes. Por último, que yo sepa porque un día me lo comentó, en su época juvenil hizo un estudio sobre la existencia de Dios... "Y que había llegado a una conclusión que mejor se callaba".

Todos los economistas, sociólogos, historiadores y demás malabaristas saben que un escrito cualquiera o afirmación de Ospina Vásquez es moneda de buena ley, respaldada por una investigación acuciosa y documentación exigentísima, no venida o traída de cualquier manera. La bibliografía abrumadora que cita, en varios idiomas además, y de una variedad asombrosa respalda su firma.

¿Pero cómo escribía don Luis?

Primero que todo era un conocedor a fondo de toda la orografía histórica del país, sus nudos, sus momentos cumbres, sus enredos sinuosos de personalidades e intrigas nacionales, en fin, además de que su familia ha estado ligada a todas las rencillas, empujes, iniciativas y frustraciones del país, desde la Conquista, si se quiere (a través del conquistador don Francisco Martínez de Ospina, muy citado y respetado por Juan Rodríguez Freyle, el primer cronista popular, en "El Carnero"), pasando por la Noche Septembrina, y de ahí en adelante, que más o menos se sabe. El resto, fue documentar, completar o aclarar zonas oscuras mediante búsqueda de documentos perdidos o secretos, casi que una labor detectivesca. Y para colofón, una guía: ¿Cómo se ha venido industrializando el país? Mediante la Protección. Demostrémoslo.

Cualquier tema le parecía útil a trabajar, siempre y cuando sirviera como medio para realizar un estudio más a fondo sobre el Hom-

bre. Comentando la Monografía sobre el Ferrocarril de Antioquia, ganadora de un premio en 1976 en un concurso, me decía que le parecía muy floja porque era igual a todas las demás sobre el mismo tema. Que no tenía algo nuevo. Y que se había perdido la oportunidad de realizarse un estudio a fondo y total sobre el pueblo antioqueño, teniendo como disculpa para hacerlo, el tema del Ferrocarril.

Don Luis iba llenando fichas y libretas con citas y anotaciones, en una forma escrupulosa y clasificada. Después, en el momento de la redacción, tendría a la mano el material suficiente para respaldar sus afirmaciones. Escribía en enormes rollos de papel, como los antiguos, por la comodidad que le representaba a sus agotados ojos. Su letra era muy grande y pulida como la de principios de siglo. La redacción le consumía el tiempo. Era el punto delicado y crítico por ser el lugar de las afirmaciones, de las sustentaciones y de la armada de todo ese inmenso crucigrama de citas y notas que poseía. En todo momento, al cabo de una frase o de una palabra, un problema, una duda, un vacío. Cuántos años no llevaba la historia del sistema monetario nuestro, y cómo la estudiaba don Luis, para que un día me dijera con un dejo de tristeza que tenía él una gran laguna: no conocía mayor cosa de lo que había acontecido en nuestro país, entre los años 1872-1874. Dos añitos infelices, que cualquier patinchado se hubiera brincado como si nada, pensaba yo, y don Luis se preocupaba por ello... Pero no. Ahí estaba la talla del investigador, la talla del sabio...

Sabio, y ahora sí, sabio, porque sabía que no sabía y lo que no sabía, y se preguntaba entonces, e investigaba.

De estudioso, no se diga nada; ya más o menos tras estos esbozos de su personalidad lo imaginamos. Buena parte de su biblioteca a mano (pues tenía dos: una, la grande, que la destinó a su fundación FAES, y la otra, con la que andaba) estaba compuesta de libros de matemáticas, microeconomía, teoría económica, literatura, etc. Bueno don Luis, ¿y usted por qué tiene aquí libros de matemáticas, estudia algo en ellos? "Porque es que la economía como ciencia, no es una suma de datos, hay que analizar, m'hijo, hay que analizar..."

Por aquellos días, y con prólogo adicional, fue nuevamente publicado, por la Editorial Oveja Negra esta vez, "Industria y Protección en Colombia". Se llenó con ello un vacío existente en los nuevos rumbos que los estudios de economía colombiana estaban siguiendo. Vale decir esta vez y con carácter de paréntesis, que con el inicio de la década de los 70 los estudios sobre la economía colombiana cambia-

ron de matiz. Para ello se estudiaron y se rescataron las obras anteriores a esos años, que eran muy escasas por cierto, y muy esparcidas, por el tiempo. Casi dista una de otra, una década:

“Economía y Cultura en la historia de Colombia”, Luis Eduardo Nieto Arteta (1942).

“Industria y protección en Colombia”, Luis Ospina Vásquez (1955).

“Estudios sobre el Subdesarrollo Colombiano”, Mario Arrubla (1963).

Antes de Nieto Arteta, más de medio siglo, o sea, desde Camacho Roldán.

La década de los 70 se llenó de estudios y estudiosos sobre nuestro acaecer económico: Jorge Villegas, Germán Colmenares (en quien don Luis veía un investigador de talla), Alvaro Tirado M., Paul McGreevy, Mariano Arango, Jesús A. Bejarano, etc. Todas las facultades de economía compusieron su centro de investigaciones a como diera lugar. Revistas a granel, publicaciones diversas, hojas volantes, en fin... Y paradójicamente el manejo de la economía colombiana cayó en manos de los “Chicagus-boys”, como les decían a la línea de la Universidad de los Andes de Bogotá (Bogochá, pues), que sabían mucho de teoría (y un tipo específico de Freedman, mi señor) pero nada de la historia económica colombiana, gran defecto de los años sesenta.

(Y una curiosidad más, de esos estudios: se anclaron, con muy pocas excepciones, muy tímidas y flojas, por lo demás, en 1930. Y ninguna hasta el momento ha afrontado una investigación de carácter recio sobre ese año, año de crisis total, que cambió al país, casi que radicalmente... Lo desempacó).

Don Luis le tenía que poner punto a su obra, y creyó oportuno el año de la Gran Depresión, 1930. Creo, como según me lo dejó entrever, pretendía continuar su obra, y lo esboza más como plan de trabajo futuro que como continuidad, postreramente en su obra. Me contó que muchísimo material poseía, máxime, cuando le había tocado en vivo y como partícipe ver, y hasta orientar, pues en 1936 fue Senador (aquel violento año de la Revolución en Marcha) y en el segundo gobierno de Alberto Lleras, consejero de planeación económica del Presidente, del que se retiró porque a “eso no le paraban bolas”.

Era pues una obra que la suponía mayor a sus propias fuerzas, y más allá de su tiempo. Y que había que afrontar de todos modos.

Entonces se ideó su Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, FAES. Pensaba reunir un pequeño grupito, muy escogido y seleccionado de investigadores y estudiosos, que se propusieran realizar estudios específicos sobre cualquier tema económico o social, y como punto de partida, Antioquia, luego Colombia, América Latina, y por último, el Hombre como máximo problema y fundamento final de cualquier investigación.

Se ligó, no supe en qué carácter, al Grupo o Ronda de Roma, un centro que reunía científicos y pensadores de distintas naciones, preocupados por el futuro de la especie, "porque esto se lo llevó el carajo, m'hijo", y al que le guardaba verdadero afecto. Quizás si línea política o de pensamiento aceptaba, era la orientada por este grupo.

FAES sería algo en nuestro medio como una derivación de la Ronda. Muy importante pues, hacerlo. Y lo hizo: destinó parte de sus bienes a la Fundación, destinó toda su biblioteca grande con archivos y todo (constaba la biblioteca de más de 4.000 volúmenes, en varios idiomas, y de una gran variedad de temas y fechas de publicación), y adquirió una casona inmensa, que había sido un convento de protestantes, situada al frente del Colegio María Auxiliadora, allá arriba. Además consiguió de la Gobernación y de la Fundación Ford aportes para su mantenimiento futuro. Ahí está FAES, con seis años de funcionamiento, para que los antioqueños se regodeen sobre su propia tierra, y no a que esperen a que sean gringos, como Parsons (gran amigo de don Luis, precisamente por instigación de él realizó su obra sobre la colonización antioqueña), los que nos estudien.

Fue íntegramente un humanista el Viejo Ospina, de esos que sólo existieron en el siglo XVI, cuando el pensar era un atrevimiento que ponía en peligro la vida misma. Pero, tal vez por cosas de familia, se declaraba conservador. Sólo había votado una vez en toda su vida: en 1936, cuando fue elegido senador ¿un Ospina? Lo más de difícil en Colombia. Admiraba mucho a Proudhon, el viejo que atrajo a Marx al socialismo, en quien veía don Luis, un notabilísimo pensador. Por el campo teórico-económico, se consideraba keynesiano de tiempo completo, aunque me pareció que realmente era muy poco el convencimiento. Bueno, algo tenía que ser...

Sentarse una hora con él a hablar de literatura, que la conocía bastante bien, o de pintura (poseía valiosos cuadros de Arce y Ceballos, de Cano, y de una viejita, María Villa, "muy charra", que a los sesenta y pucha se sintió pintora, porque "es que la cocina es muy aburridora"), de historia, de economía, de anécdotas, o de mujeres,

era un deleite fino. Un día en el que nos tomamos unas cuantas cervezas —las primeras de lata que probé—, me atreví a leerle, jalado por la euforia espirituosa del licor apartes del prólogo a “de la Mula al Avión”, escrito con el que volé de la Universidad, sobre el teje-manaje de las comunicaciones terrestres en Colombia (¿y cómo es que dicen los economistas?) “Y su incidencia sobre el desarrollo económico del país...”. Me hizo leerlo todo, y yo para chicanear quedé con lo que me dijo, y eso que le leí también la crítica que le hacía a Industria y Protección en Colombia, que cito a continuación porque viene al caso:

“... Ospina Vásquez, es un caso especial, en el que se recuerda los estudios de la economía colombiana del siglo pasado; con los aportes de éstos, cuando busca una explicación a los hechos. En un cronista de los cronistas, y su obra es toda una crónica, aunque vaya siendo guiada por un eje que cree que la explica. Se formula primero una hipótesis, que trata después de comprobar a través de los datos y la información. Luego, se esfuerza por interpretar la economía, por pensarla. Y trata, por último, de remontarse por los efectos nuevos creados por la industria en la economía, y ellos, como un motor en ella, a una nueva interpretación, para los años posteriores al año 30 (año que considera como el punto más álgido de la economía de este país). En parte este estudio que sigue a continuación es una polémica con Ospina, aunque se recurre a él continuamente (¿y quién no?) como fuente de datos y de información. No obstante la hipótesis central que orienta su obra, el proteccionismo como creador de la industria, es en ella un momento. Más lo veo yo como un hilo conductor de la investigación que como una razón, lo cual da la oportunidad a que su libro sea un bastión obligatorio para cualquier investigación, ya que es una mina de rico filón.

“Su honradez lo lleva a reconocer su propio vacío intelectual de no tener un arma teórica, un instrumento que le permita interpretar y llegar al fondo de los hechos que constata la crónica. Por ello quizás, su obra es la recopilación más minuciosa de información, tratando de explicar otra información, que de hecho, cien años atrás su abuelo había refutado, con toda la razón del caso. La falta del instrumento teórico para entender la crónica lo lleva a que ella predomine sobre toda la obra, aunque en unos momentos trata de pensarla saliéndose de ella, pero por la crónica misma. A veces pienso que su vacío teórico es una imposibilidad social, no intelectual, punto donde entra en crisis su posición como científico de la economía y su obra, lo que es a la postre, una protesta inconsciente a su propia imposibilidad. Pero

su honradez prima. No hay parcialismos partidistas o personalistas. Y siendo lo que es, un científico de primera plana, no pierde el sentido del humor y de la ironía, cosa tan poco común a los economistas y a los historiadores...

Don Luis guardó silencio al escuchar semejante enviñ. Un rato después me dijo "continúe..." Fue ese un silencio espantoso. Yo también lo guardé, tenso. No sé cómo me entalegué, pero balbuciendo continué la lectura. Al final me dijo "bien Oscar, eso tiene nervio". No más, eso fue todo.

Pero don Luis sabía, como debe saber todo escritor, que la palabra escrita es una aventura con el futuro y con la historia. Las críticas vienen y vendrán. También los elogios y las simpatías, todo lo cual es mejor, que un olvido infame. ¿Quién tiene la razón? Hamlet, he ahí el problema. Porque es que todos los días la razón no es igualmente válida.

Por ejemplo: el futuro tiene o tendrá una razón. Igualmente el pasado. ¿Cuál será la válida? Depende de muchas cosas. Hoy, reanalizando aquel postrer párrafo de la obra de don Luis, me parece extraño, y más aún, considerando que a él mismo lo impresionó; y mantuvo en adelante esa impresión. "Ya está bien avanzado el proceso de nuestra industrialización —dice don Luis allí—, ya es cosa sumamente difícil volver atrás, pero no podríamos decir, con razonable precisión y certeza, en términos de nuestra vida económica o del conjunto de nuestro desarrollo, por qué seguimos ese camino, a dónde nos lleva, si nos conviene, o si nos perjudica". Así mismo piensa un campesino con una hija bonita si le convino o no haberse ido "pa'l pueblo". No obstante, esta frase muestra al humanista preocupado por la suerte futura, incierta por lo demás, y no al expositor frío y calculador, o al investigador "imparcial" alejado de la realidad. Y de la vida.

Antioquia le debe un homenaje de reconocimiento a don Luis, el Viejo Ospina. Y no tanto por ese entrañable amor que le rindió a esta tierra, a la que consideraba con derecho a mejor futuro, o porque trajo e incitó a los investigadores foráneos más atildados (Parsons y Hagen, por ejemplo) a iniciar los primeros estudios sistemáticos sobre Antioquia, o porque le destinó parte de sus bienes a su Fundación Antioqueña —precisamente— de Estudios Sociales, todo lo cual es suficiente para ello, sino porque fue el primer científico social que le dio conciencia de pueblo y de personalidad. Fue el primero que le mostró un espejo para que reflejara su figura y tomara razón de sí. Y tuviera esperanzas en sus propias fuerzas y en su propia sangre.

Hoy día, a los cinco años del fallecimiento de don Luis (abril 13 de 1977), con toda seguridad puedo afirmar que, bien es cierto, existen los sabios, pero que uno en la vida se encuentra con ellos una sola vez, o ninguna. Que un sabio no necesita saber mucho. Es más, no necesita siquiera hablar, ni que lo señalen. Uno mismo lo presiente aunque sea ciego. Con que escuche basta, y uno se satisface. Y que fundamentalmente, un sabio es una persona humana, común y corriente, con conflictos y tragedias, satisfacciones y frustraciones. Una persona de espíritu. Pero también de carne y hueso.

Así fue el don Luis que yo conocí.